

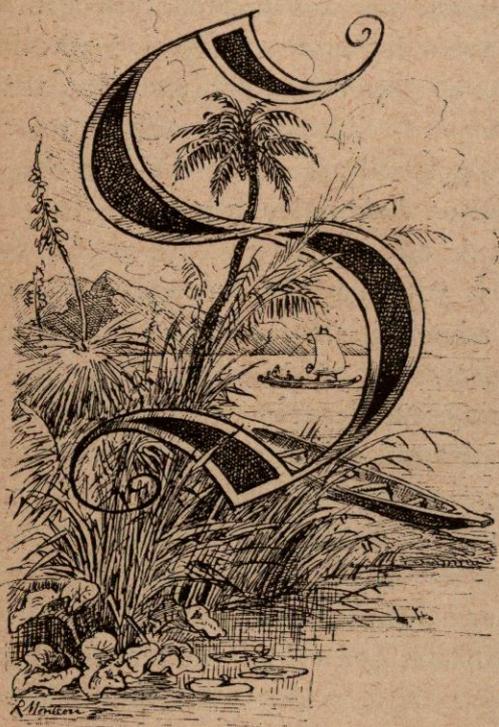
DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CONGRESO DE AMERICANISTAS

CELEBRADA EN EL CONVENTO DE LA RÁBIDA



SEÑORES: En nombre de S. M. la Reina Regente de España, tengo el honor de inaugurar las sesiones de esta novena reunión de los Congresos internacionales americanistas. Su Majestad la Reina Regente ha tenido ya el gusto de presidir otra reunión, la cuarta, que tuvo lugar en Madrid, acompañada entonces de su ilustre y malogrado esposo (q. s. g. h.) el Rey Don Alfonso XII. Con suma satisfacción hubiera acudido también á esta reunión primera; pero ya que esto no le ha sido posible, por motivos varios, puedo dar al Congreso la esperanza de que no terminarán sus sesiones sin que la Reina Regente presida alguna de ellas.

No sé yo si para tener aquí tan alta representación y para presidir un Congreso tan ilustre como éste, en que figuran tantas y tantas personas insignes, hubiera debido escoger, bajo cierto aspecto, el humilde recinto en que os encontráis, teniendo, en lugar de magníficos artesonados, bajo el punto de vista material, la desnuda bóveda del cielo, que en cierto concepto claro está que no la hay más bella, ni la puede haber más hermosa, ni cabe que haya alguna que más excite la admiración. (*Muy bien, muy bien.—Aplausos.*) Pero ¿qué queréis? (sin perder por un instante de vista que vosotros representáis á la ciencia, sobre todo moderna y progresiva; sin perder un instante de vista que la ciencia, en su magnífico vuelo, supera, después de todo,

á cuanto el pasado haya podido dejarnos tras de sí, de la plenitud de su vida, en todos sus conceptos, que es superior á los siglos); ¿qué queréis, repito, señores? Yo no he podido menos de sentirme atraído á este sitio por ese íntimo, general é inevitable sentimiento de amor al pasado, que me hizo desear que al menos uno de estos Congresos de americanistas, que han de ser estímulo del progreso y del estudio de la Geografía, de la Historia y de otras ciencias conexas con aquéllas; que al menos una reunión tuviera lugar en este claustro que presencié las inquietudes, que presencié las primeras alegrías y donde se oyeron los primeros pasos del gran Colón, del descubridor del Nuevo Mundo, á cuyo estudio todos os dedicáis. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Por eso en este edificio, sin ningún género de salvedad retórica, por todo extremo humilde; por eso en este recinto, que está en estado actualmente, como habéis podido observar, de restauración, restauración que conceptúo será muy grata para el porvenir, pero que no está concluída aún, he querido que os reuniérais; esto aparte de que este edificio mismo, perteneciente á la Orden de San Francisco, tiene el sello y la elegancia de su época, según habréis visto, no obstante su pobreza. Ocupando desde el siglo XIII este edificio, fundado sobre ruinas de edificaciones moriscas y probablemente de un verdadero templo árabe, esos pobres franciscanos supieron alcanzar un alto lugar en la historia, que nadie pondrá en duda ni les disputará.

Hay una página entre las varias de la crónica de este monasterio, que muchas veces se ha escrito y reproducido, pero que no sé yo si hay voz humana, que haya nadie que pueda escribir ni determinar toda su admirable trascendencia. Esa página (que yo al paso recuerdo, porque no he de detenerme en este ni otro incidente alguno), esa página tiene diferentes cosas escritas, no esenciales, pero importantes, de la relación á mi juicio más verídica y más demostrativa que existe, que es la declaración de un modestísimo físico ó médico de Palos, que tuvo grandísima parte en la realización de los proyectos de Colón. Un día, viniendo de propósito á la Rábida (aunque esto haya podido dudarse por la mala interpretación que se ha dado á una palabra de esa declaración hasta nuestros días, por haber confundido, y claro que incidentalmente, la palabra *arribada* por la palabra *La Rábida*, que era lo que realmente estaba escrito); un día llegó Colón á esa cruz que está á la puerta (no la misma que actualmente existe, porque difícilmente resisten estas cosas al tiempo, pero en el propio sitio, con la significación misma que ahora tiene esa cruz); un día, repito, llegó Colón hasta ella, se sentó y descansó; desde allí se acercó al monasterio y tocó á la puerta de la Rábida para pedir pan y agua para su pobre hijo, y entró en este pobre claustro.

Esta historia hace suponer que hubo dos visitas, esta y otra posterior; acaso no fuera más que una; pero lo cierto es que el físico ó médico de Palos refiere que al entrar Colón en el claustro para recibir el auxilio miserable que pedía y que se le daba, acertó á pasar por aquí un modesto fraile, el P. Juan Pérez, sorprendiendo al fraile oír hablar á aquel hombre con un acento extranjero, y ¡qué sé yo! algo de genio,

de superioridad, algo de extraordinario y no conocido que leyó en sus ojos. Paróse á hablar con él, movido de curiosidad, y á los pocos momentos de conversación aquel fraile humilde, pero no ignorante, se hizo cargo de que estaba delante de un grande hombre; y ese fraile, ese hombre inmortal, que no tenía otra persona de ciencia con quien comunicar sus ideas, que diré que eran inmensas, por su representación en la historia, no encontró otro que el médico de Palos, pueblo que luego tendréis ocasión de visitar, y así comprenderéis más, por la pequeñez material, la grandeza moral de aquellos personajes. Llamó al físico, al médico, en quien tenía una gran confianza, para hablarle sobre la gran nueva que Colón anunciaba, y en una habitación, á la que debió corresponder una de esas puertas (*señalando á la derecha*), que son las auténticas, y que debió ser la biblioteca, entonces la habitación principal del convento; por una de sus puertas ignoradas entraron, Colón, el fraile y el médico de Palos, y en aquella conferencia, verdaderamente inmortal, allí se resolvieron después si no todo el destino del Nuevo Mundo, al menos la anticipación enorme de su descubrimiento, que entregado al movimiento instintivo de la especie humana hacia lo fácil y lo útil, Dios sabe cuándo y cómo se hubiera podido realizar. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

¡Conferencia solemne, solemnísima, única quizás en la Historia, por su importancia, al propio tiempo que tan modesta, como ligeramente os acabo de indicar! De allí salió una carta del fraile á la insigne Reina Católica, de quien había sido confesor Fr. Juan Pérez, y en cuyo ánimo, no sin motivo, se juzgaba con influencia. ¡De allí salió también un modesto mensajero, montado en una mula, con la carta que anunció á la Reina Católica que el fraile Juan Pérez creía en el descubrimiento y pedía naves para realizarle. La Reina recibió la carta y empezó por enviar recursos á Colón para que se vistiese y se pusiese en disposición de comparecer en la corte. Llamó al mismo tiempo al fraile, su confesor, para conferenciar con él, y después de aquella entrevista, acaso, hizo llamar á Colón, y luego, con más ó menos dificultades (que ninguna cosa grande se ha hecho nunca, jamás, sin más ó menos dificultades) la expedición de Colón quedó resuelta. No hay para qué decir, que vino después Colón á este claustro que había pisado ya, y á esa playa de Palos (que dentro de breves momentos espero que contempléis, acaso no sin emoción), y con los pescadores de estas costas y con barcos, si no construídos aquí todos, dedicados al comercio en estos parajes, y con el auxilio de los vecinos de Palos, auxilio importantísimo, esencial, sin el cual parece imposible que hubiera podido llevarse á cabo esa gran empresa, y sobre todo, sin el heroísmo de los hermanos Pinzones; con esto, organizó una expedición, que él mismo nos ha dicho que salió bien abastecida y con naves competentes para el caso. Nadie puede disputarle (¡fuera locura, aparte de insigne maldad!), nadie puede disputarle á Colón su lugar en este suceso ni su puesto principal en la Historia. Ninguna acción humana, por osada que sea; ningún movimiento instintivo, por vivo y poderoso, por generoso y heroico que parezca, podrá llegar á ser igual á la racional certidumbre del pensamiento. Por sí sola penetra la verdad, pues contra to-

das las contradicciones se sobrepone la verdad que las descubre, sobreponiéndose, repito, á todas esas controversias, á todas las burlas también, que burlas merecen al principio, con frecuencia, las grandes ideas, sobreponiéndose á todo, buscando con calma, con seguridad (¡por qué no decirlo, y aun yo creo que en esto consistía el gran mérito de Colón!), con soberbia, declaró que el descubrimiento lo tenía hecho en su cabeza, que le pertenecía aquel descubrimiento, que le correspondía por su certidumbre, que no necesitaba verlo con sus ojos, con su mirada, que lo llevaba él mismo. Esta conjunción del pensamiento y la acción, esto de hacer una cosa misma de la idea y de la empresa más arriesgada, esto seguramente no puede ser igualado por ninguna otra acción humana, como no puede serlo intelectual y materialmente; y puesto que Colón es único, á ese puesto nadie puede acercarse, ni de lejos, en la Historia. (*Estrepitosos y entusiastas aplausos.*)

Con todo eso, señores, permitidme que á la vista de estos lugares; permitidme que recorriendo como he recorrido antes de ahora, estas humildes playas; que mirando á la cara de sus moradores, descendientes algunos por línea recta, con los propios apellidos, de los que acompañaron á Colón; permitidme que comparando la pequeñez que nos rodea, con lo grande que aquí se ejecutó, que de aquí salió, no pueda menos de mirar esta tierra con respeto—y os lo digo de verdad—de saludar á todos sus hijos con íntima y profunda simpatía. (*Grandes aplausos.*)

Tales fueron las razones, señores, que, desde el instante en que el Congreso internacional de americanistas de París acordó que se verificara una segunda reunión en España, dispensándonos ese amable privilegio, originado sin duda por los servicios que España había tenido ocasión de prestar al mundo con el *descubrimiento*; desde aquel momento y habiéndose dejado al Gobierno que tengo la honra de presidir, la designación del punto de reunión, decidí que fuera éste.

(*En esta parte suspendió el señor Presidente su discurso, para invitar á varios congresistas á que se sentaran en otra parte, donde no les molestase el sol.*)

Deploro que la impresión poética que me hizo á mí decidirme por que se reuniera en estos claustros el Congreso internacional de americanistas que nuevamente había de verificarse en España, tenga pequeñas consecuencias desagradables, como la que ha dado lugar á esta interrupción (*Risas*); pero, no todo puede reunirse en este mundo, señores, y en esta ocasión, me hago cargo—como quizás en otras tantas veces—me hago cargo de que el sentimiento de lo antiguo, de lo arqueológico, de lo pasado, de que el sentimiento de la poesía, puede estar muy bien reñido con las necesidades de la realidad. (*Aplausos.*)

Lo cierto es, que en virtud de aquella primera impresión mía, estamos reunidos aquí por única vez. En las sesiones sucesivas en que habéis de empezar ya vuestros trabajos, ya cuento yo con que os reuniréis en un local más apropiado para el estudio y aun para las discusiones; pero desde el primer instante me fijé, con efecto, en estos claustros, en el monasterio de la Rábida, en la villa de Palos, en los campos que la circundan y en todas estas playas, para la inauguración del Congreso, para

festejar, por parte del Gobierno español, el cuarto Centenario de Colón. No estoy arrepentido de mi elección, principalmente por lo que hace al objeto.

Yo creo que la contemplación y la comparación, como ya antes he dicho, de lo grande del suceso que aquí nació y encontró forma material con que actuarse; que la contemplación y comparación de esto, con la modestia misma de todo cuanto aquí habéis de observar, ha de producir en los festejos del Centenario, emociones de tal naturaleza, que ninguna grandeza moderna, que ni recreo prodigado y hasta desperdiciado, podría jamás producir. (*Muy bien, muy bien.*)

Y ahora, señores, al daros la bien venida (y en nombre de S. M. la Reina Regente, os la estoy dando), permitidme también que espere y tenga la confianza más cierta en que los resultados de este Congreso, han de igualar en sus frutos al resultado de todos los demás.

Magnífica idea fué la creación de estos Congresos en una ilustradísima nación vecina; aquella idea ha sido aceptada después por el mundo entero; nueve veces ya con ésta se reúnen estos Congresos, y cada uno de ellos ha sido señalado con nuevos pasos adelante en el difícil, difícilísimo camino del conocimiento de la verdad. Muchos aguardo que han de celebrarse todavía, y cada uno de ellos señalará, con efecto, un triunfo ó varios triunfos de la verdad; pero la verdad es tan compleja y la verdad general encierra en sí tantas verdades particulares, que bien podemos anunciar que la vida de estos Congresos, para cumplir sus altos fines, habrá de ser larga, muy larga. Los temas de estos Congresos se repiten constantemente, aunque de vez en cuando se renueven; y ¿cómo no se han de repetir si cada repetición es una nueva faz del asunto, si cada repetición significa una proyectada depuración de la verdad que se controvierte y se dilucida? Así es que no extrañéis que ahora en el programa de este Congreso, figuren temas ya conocidos y discutidos otra vez. Las Memorias que están presentadas por los individuos que pertenecen al Congreso americanista, y que se hallan sobre la mesa, veo que tratan de puntos de historia y de geografía, algunos en demostración, como antes he manifestado, de extremos tantas veces discutidos, como el mismo nombre de «América». Mas, no importa; con eso y todo, la verdad no está todavía descubierta en este particular; y estas verdades en que interviene poco la razón, si son más fáciles de analizar y discutir, difícilmente se presentan al entendimiento, con la claridad de la verdad racional, como se presentó ante la inteligencia de Colón felizmente, la tierra antes desconocida; ni hay más remedio que multiplicar los ensayos, que multiplicar los trabajos, y sólo de tiempo en tiempo, después de agotadas todas las fases de un hecho determinado, es como se puede llegar al conocimiento de una verdad indiscutible.

Trabajemos, pues, en esto, y trabajad, que eso felizmente os toca, que á eso habéis venido aquí, puesto que tenéis acreditados vuestros especialísimos conocimientos. Trabajad con el celo—¡qué digo, con el celo!—trabajad con el entusiasmo, con el mismo fervor con que hasta ahora lo habéis hecho. Hombres insignes tenéis aquí y algunos he llamado á sentarse á mi lado, y otros también son ya célebres en

las ciencias que pueden servir de guías para descubrir grandes verdades, de la geografía y de la historia, de la ciencia misma en general.

Por lo demás, si todo esto aquí se anuncia de una manera plausible; si todo esto aquí puede regocijarnos por las esperanzas que lícitamente debemos abrigar, de un éxito, también hay notas tristes, como las hay siempre, mezcladas con lo fausto en las cosas humanas; también tendrá la Mesa que anunciaros (y yo os lo anuncio con dolor) la pérdida de algunos de los más ilustres individuos que pensaban asistir á este Congreso. Debéis, sin duda, sospechar que se proponía no faltar á este Congreso el emperador D. Pedro de Braganza, hombre como nadie ignora, más amante de las glorias pacíficas de la ciencia, que de las del poder. Sabéis que un hombre insigne, sabio entre los sabios, que presidió el octavo Congreso en París, Mr. Catreffages, antropólogo, cuyo nombre basta citar, para que toda persona culta é ilustrada le conociera, ha fallecido también, después de haber mantenido conmigo mismo respecto á algunos accidentes que ahora no son del caso, una ligera correspondencia que me hizo siempre esperar que no faltaría.

No son estos dos solos; otro hombre, como el inolvidable é ilustre estilista, Renán, ha bajado igualmente estos días al sepulcro. Por último, ha muerto también el conde Flaax, diplomático francés, de amable trato; y otra persona que entre nosotros gozaba de inmensa consideración por su saber, el Sr. D. Manuel Cañete, individuo de varias de nuestras academias.

Tengo el sentimiento de anunciar al Congreso estas dolorosísimas ausencias.

Quiere decir esto, que los muchos que quedan, les reemplazarán, y que todo lo que aquellos inolvidables sabios hubieran podido hacer por sí, encontrará aquí personas dignas que con el recuerdo de ellos sabrán suplir su falta.

Y ahora, señores, voy á concluir, porque los discursos de estas reuniones ó sesiones, tienen límites determinados, breves y concretos, y no parece que sea lícito, que dé yo el mal ejemplo de dilatar esos límites de modo que no fueran justos. Voy á concluir, señores, porque creo que, para inaugurar el Congreso internacional americanista (como en nombre de S. M. la Reina Regente, declaro ahora) quizás no se necesitaban tantas palabras como las que yo he pronunciado.

Termino, por tanto diciendo: bien venidos seáis á este antiguo y venerable hogar del descubrimiento de América; bien venidos seáis, en esta tierra clásica, de los recuerdos por lo que al descubrimiento de América, se refieren. Bien venidos seáis á esta nación española, siempre amada de los extranjeros que han venido á ella en varias ocasiones no sólo á contribuir á su gloria, sino á la gloria universal. (*Grandes y ruidosos aplausos.*)

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA